
ARCADIO DE LARREA PALACÍN

RESUMEN: Se publicó originalmente este artículo, que transcribimos aquí literalmente (respetando incluso las normas ortográficas del momento), en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* (vol. III, 1947, pp. 276 a 301) del C.S.I.C., con cuyo permiso lo publicamos ahora en nuestra revista al considerarlo una de las fuentes más interesantes y valiosas para el estudio del cuento folklórico en Aragón, y al constatar su escasa difusión entre nosotros, al menos fuera de la literatura especializada.

En efecto, este artículo (así como el titulado «Seis cuentos de mujeres, populares en Aragón», también de Arcadio de Larrea y que aparece publicado a continuación) supusieron en su momento, y durante décadas, la única aportación seria (junto con algún relato incluido en la obra de Espinosa) al estudio del cuento folklórico en Aragón, destacando, por el rigor metodológico con el que fueron recopilados (seguramente grabados), transcritos (literalmente y con indicación de nombre y lugar de origen del informante) y estudiados (con notas comparativas que, si bien son breves apuntes, demuestran claramente el carácter tradicional de los relatos recogidos). Su valor en estos momentos, en los que tardíamente se ha desarrollado la encuesta sistemática en Aragón, y existe un renovado interés por el cuento folklórico, es incalculable pues, aunque se trate de un pequeño conjunto de relatos, constata la presencia en nuestras tierras de ciertos cuentos maravillosos, formulísticos y humorísticos que difícilmente podrían ser recogidos hoy día, al menos con la riqueza lingüística y formulística que muestran las versiones recogidas por Don Arcadio de Larrea.

Hemos de suponer que la recopilación de estos relatos, y seguramente también de los recogidos en el siguiente artículo, se realizó durante la primera mitad de los años cuarenta, en que, becado por el Instituto Español de Musicología, Don Arcadio de Larrea realizó grabaciones magnetofónicas a lo largo y ancho de todo Aragón, que aportaron a dicha institución más de un millar de temas que hasta hoy no han sido publicados. Lamentablemente, tras este primer periodo, la actividad investigadora de Don Arcadio (natural seguramente de Gistaín), se trasladó a Andalucía y el Norte de África, seguramente por su interés en las culturas mediterráneas, pero también, al parecer, por las desavenencias con otros estudiosos aragoneses. Sus aportaciones en lo que respecta a nuestro folklore musical y coreográfico, aunque pudieran haber sido mayores, quedan reflejadas en una obra imprescindible: *El dance aragonés y las representaciones de Moros y Cristianos*. En el campo del estudio del cuento folklórico,

destaca como uno de los principales investigadores españoles en sus dos principales obras: *Cuentos populares de Andalucía*. *Cuentos gaditanos* (Madrid, C.S.I.C, 1959) y *Cuentos populares de los judíos del norte de Marruecos* (Tetuán, Editora Marroquí, 1952-53).

En esta misma revista (nº 5, 1995), Álvaro de la Torre, Javier Lacasta y Carlos González, recogieron en un artículo *in memoriam* una breve biografía y bibliografía de Don Arcadio de Larrea a la que pueden acudir quienes deseen más información sobre nuestro ilustre folklorista.

PALABRAS CLAVE: Cuento folklórico, Aragón.

TITLE: *Tales of Aragon.*

ABSTRACT: *Abstract: This paper, now literally transcribed even respecting its original orthography, was first published in the CSIC Revista de Dialectología y Tradiciones Populares (vol. III, 1947, pp. 276 a 301) and now here published with its permission since we think it over as one of the more interesting and valuable sources for research on Aragonese folk tale and because its scantle difussion and knowledge exceptig for specialized literature.*

Indeed, this paper and the below titled and «Seis cuentos populares de mujeres en Aragón» by Arcadio Larrea as well were in his time and for decades the only serious contribution to research on Aragonese folk tales, with some story just included in the Spinosa's work and standing here out because his metodological rigour on collecting, (surely) recording, literal transcription with names and origins of the informants, study with comparative notes, all briefly but enough to demonstrate the traditional nature of these stories. In this moment when sistemathical survey is late developing in Aragon and exists a renewed interest on folk tales its value became incalculable since, even a little account of stories it be, confirm the presence of faery, formulistical and humour tales in our country, difficult to gather at present, not with the same linguistical and formulistical wealth that those compiled by Arcadio Larrea.

*We can supose the compilation of these tales and those of the below article made in the first 1940s, when Arcadio Larrea awarded an Instituto Español de Musicología grant, providing this institution with more than a thousand themes, taperecorded all over Aragon and not yet published. Unfortunately after this first stage, research activity of Arcadio Larrea (most probably come from Gistain) focused on Andalusie and North Africa, most surely bacause of his interest on Mediterranean cultures, but because of disagreements with other Aragonese scholars too. His contribution to our musical and choreographic folklore, although it could have been larger, is compiled in his essential work *El dance aragonés y las representaciones de Moros y Cristianos*. With regard to research on folk tales, we say he is a chief Spanish researcher with two main works, *Cuentos populares de Andalucía*, *Cuentos gaditanos* (Madrid, CSIC 1959) and *Cuentos populares de los judíos del norte de Marruecos* (Tetuán, Editora Marroquí, 1952-53).*

*Álvaro de la Torre, Javier Lacasta y Carlos González published in *Temas de An-**

tropología Aragonesa, 5, 1995 a short biography of Arcadio Larrea which can be looked up to get more information about our distinguished folklorist.

KEY WORDS: *Folk tale, Aragón.*

—*Texto recibido en noviembre de 2000*—

EL MEDIO POLLICO (1)

Esto era el medio pollico, que se fue a escarbar, y escarbando, escarbando, se encontró una bolsica de dineros, y luego se encuentra al molinero, y dice: «— Ya te los voy a guardar yo».

Se los dio, y va a su casa y dice: «— Madre, una bolsica de dineros m'hi encontrau y se la hi dau al molinero pa que me la guarde.»

Y dice: «— Anda por ella, que la necesito yo.»

Y va y encuentra a un lobo, y le dice: «— Medio pollico, ¿adónde vas?»

Dice: «— Al molino, que l'hi dau al molinero una bolsica de dineros, y la madre me la pide.»

Y dice: «— ¿Quieres que vaya con tú?»

Dice: «— No, no, que te cansarás.»

Y luego van andando, y dice: «— ¡Ay!, medio pollico, si me canso.» «— Métete en mi bufetico, que aún caben veinticinco.» Y se metió.

Y luego se encuentra a un rebaño de reses, y dice: «— Medio pollico, ¿quieres que vayamos con tú?» «— No, no, que os cansaréis.»

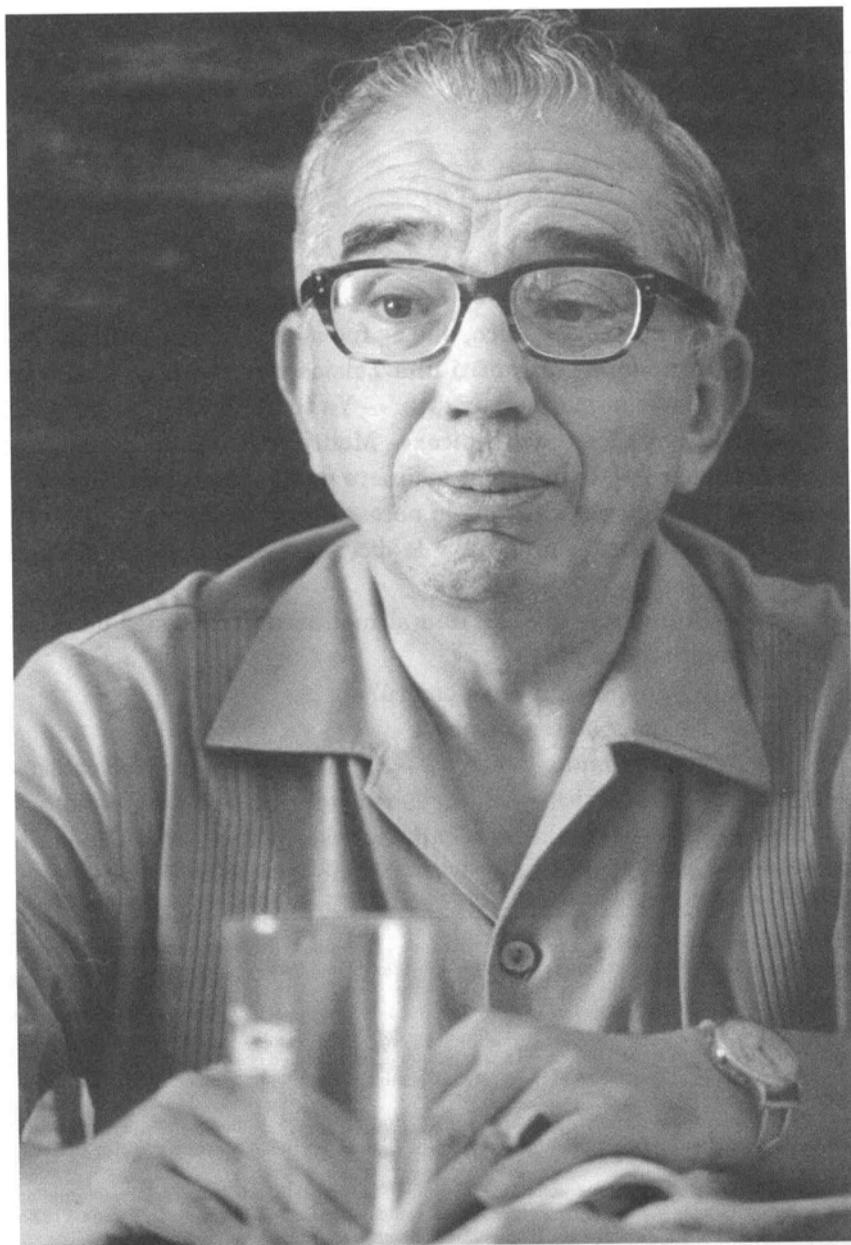
(1) Pertenece este cuento al ciclo de «Barriga Grande», que Julio Caro Baroja estudia en «Notas de folklore vasco», publicado en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, t. II, 1947, cuad. 3º, página 375.

A Llano Roza de Ampudia, en su libro *Cuentos Asturianos*, pág. 277, incluye una versión de «Mediogallo», muy parecida a la presente. En estas dos versiones citadas, el personaje central se sorbe también un río, que al final suelta, inundándolo todo, pero en esta versión de «Medio Pollico», es el molinero el que suelta el cauce, siendo posiblemente una deformación del tema primitivo.

En la *Revue des Traditions populaires*, t. XXII, 1907, pág. 432, se publican interesantes versiones de «Medio Gallo», recogidas: una en el país de Bresse, por Denis Bressan, y la otra en Côtes du Nord, por Paul Sebillot.

Se citan diversas variantes: como un cuento de Bas-Limousin, en *Rev. des T.P.*, de julio de 1889. En las fábulas y cuentos de *Fausse Agnes*, comedia de Destouches, acto II, escena VI. En *Contes berberes*, de M. René Basset, pág. 90, con versiones francesas y extranjeras.

Véase también F. Hahn, «Blick in die Geisteswelt der heidnischen kols», *Rev. des T.P.*, XXII, pág. 429.



El autor, D. Arcadio de Larrea Palacín.

Y fueron todas las ovejas, y allá, catallá, le dicen: «— ¡Ay! medio pollico, si nos cansamos.» «— Meteros en mi bufetico, que aún caben veinticinco.»

Y luego se encuentra a un perro, y le dice: «— Medio pollico, ¿dónde vas?» «— Al molino, a por una bolsica de dineros, que la hi dau al molinero.» «— ¿Quieres que vaya con tú» «— No, no, que te cansarás.»

Y fue con él. Y allá, catallá, le dice: «— ¡Ay!, medio pollico, sí me canso.» «— Métete en mi bufetico, que aún caben veinticinco.»

Y llega al molino y dice: «— Molinero, ábreme la puerta, que vengo a por la bolsica de dineros.»

Dice: «— Pues sí, que yo la hi visto entrar.» «— Ahora te voy a abrir.»

Y le abrió y lo mete en un cuarto de avena y salieron el perro, el ganao y el lobo, y se comieron toda la avena.

Y dicen «— ¡Ay!, si se nos ha comido toda la avena.»

Y lo meten a un cuarto de trigo, y soltó el ganao, el perro y el lobo, y se lo comieron todo.

Dicen: «— ¡Ay!, si se ha comido el trigo también. A metelo en el cuarto de la cebada.»

Y soltó el perro, el ganao y el lobo, y se la comieron toda.

Y dice: «— Pues ahora, soltar todo el ligón (2), pa que s'ahuguen».

Y se ahogaron la madre, el hijo, el perro, el ganao y el lobo. Y luego, como se ahoragon todos, pues cogió medio pollico la bolsica del dinero, y iba andando, andando, cara a casa, y llegó a casa, dice: «— Madre, ya los traigo. Tómelos.»

(Comunicado por Imelda Gimeno Marcobal,
de Belchite (Zaragoza)

(2) Rebalse.

LA CABRA MONTESINA

Esto era una mujer que tenía tres hijas, y a la primera la mandó a lavar, a otra la mandó a por agua y a la otra a fregar los vajillos.

La que fue a por agua volvió la primera y dijo: «— Madre, ya vengo.» «— Cógete una rebañadica de pan y vete al cuarto y úntalo de miel.»

Sube y había una cabra montesina y dice:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo tengo de tragar.
Aum, ya me la hi tragau».

Viene la de fregar y dice: «— Madre, ya vengo.» «— Cógete una rebañadica de pan y vete al cuarto a cogete miel, y dile a tu hermana a ver si se la va a comer toda.»

Y sube la chica y dice la cabra:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo trago en un tragar.
Aum, ya me la hi tragau».

Viene la de lavar y dice: «— Madre, ya vengo.» «— Cógete una rebañadica de pan y ves al cuarto a por miel, y diles a tus hermanas que bajen pronto, que voy a subir con un palo a pegales.»

Y sube y dice la cabra:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo tengo de tragar.»

¡Aum!, y se la tragó.

Con que, al rato, como no bajaban, sube su madre y dice la cabra:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,

que el que pase de esta raya
me lo trago en un tragar.»

La madre no pasó la raya y baja al portal, y pasa un viejecico y la ve llorando y la dice: «— Buena mujer, ¿por qué lloras?» «— Porque hay una cabra montesina allá arriba en el cuarto y me se ha comido a mis tres hijas.» «— Suba, suba; ya la mataremos».

Con que sube y dice la cabra montesina:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo trago en un tragar.»

Y, ¡aum!, se lo tragó.

Con que baja otra vez la mujer llorando al portal y pasan dos guardiaciviles, y la ven y le dicen: «— Buena mujer, ¿por qué llora?» «— Pues que hay una cabra montesina allá arriba en el cuarto y me se ha comido a mis tres hijas y a un viejecico.»

Y dicen los guardiaciviles: «— Suba, suba; ya la mataremos.»

Con que suben y dice la cabra montesina:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo tengo de tragar.»

¡Aum!, y se los tragó.

Con que baja otra vez y pasaron un escuadrón de soldaos, y la ven llorar y le dicen los soldaos: «— Buena mujer, ¿por qué llora?» «— Porque hay una cabra montesina allá arriba en el cuarto, que se me ha comido a las tres hijas, a un viejecico y a dos guardiaciviles.» «— Suba, suba; que ya la mataremos.»

Con que suben y dice la cabra montesina:

«— Yo soy la cabra montesina
del monte montesinal,
que el que pase de esta raya
me lo tengo de tragar.»

Y, ¡aum!, se los tragó.

Después baja otra vez la mujer y pasa una hormiguica, y le dice:

«— Buena mujer, ¿por qué lloras?» «— Porque hay una cabra montesina allá arriba en mi cuarto, que se me ha comido a mis tres hijas, y a un viejecico, y a dos guardiaciviles y a un escuadrón de soldaos.»

«— Suba, suba; ya la mataremos.»

Sube, y dice la cabra montesina:

«— Yo soy la cabra montesina del monte montesinal, que el que pase de esta raya me lo trago en un tragar.»



Ilustración de Ángel S. Tomás para una edición de «La cabra montesina» de iniciativas Aragón, S. Coop.

Con que dice la hormiguica:

— Yo soy la hormiguica,
chiquita, bonita,
del monte hormigal,
que en un picotazo
te hago bailar.»

La cabra montesina no hace caso y vuelve la hormiguica:

— Yo soy la hormiguica,

chiquita, bonita,
del monte hormigal,
que en un picotazo
te hago bailar.»

Y la cabra montesina no contesta y la hormiguica vuelve:

– Yo soy la hormiguica,
chiquita, bonita,
del monte hormigal,
que en un picotazo
te hago bailar.»

Le pegó un picotazo y salieron todos bailando, y dice la mujer:
«– ¿Con qué se lo pagaría? ¿Con una taleguica de trigo?»

– No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Dice la mujer: «– ¿Con media taleguica?»

Dice la hormiga:

– No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Y dice: «Con doce granos?»

Y dice la hormiguica:

– No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Y dice: «– ¿Con nueve?»

Y dice la hormiguica:

– No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Y dice: «– ¿Con seis?»

Y dice la hormiguica:

—No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Y dice: «— ¿Con dos?»

— No cabe tanto
en mi saquetillo,
no muele tanto
mi molinillo.»

Y dice: «— ¿Con uno?»

Y dice la hormiguica:

—Sí cabe tanto
en mi saquetillo,
sí muele tanto
mi molinillo.»

(Comunicado por Pascuala Martín Abuelo,
de Villar de los Navarros (Zaragoza))

LA BUENA HIJA (3)

Un padre tenía tres hijas, y el padre se marchó a la feria y le dijo a la mayor: «— ¿El qué quieres que te traiga?» «— Padre, a mí, unos pendientes.»

Y a la mediana le dijo «— Hija mía, a tú, ¿el que quieres que te traiga?» «— Padre, a mí, una peineta.»

(3) En este cuento se hallan fundidos dos temas. La primera parte hasta el casamiento de la hija con el culebrón, pertenece al tema «El príncipe encantado», cuyo final sería desencantamiento y recuperación de la forma humana. A. Espinosa, en *Cuentos Populares Españoles*, t. II, pág. 256, incluye siete versiones de este tema, siendo entre ellos «La fiera del rosal», recogido en Almenar, Soria, el más semejante al presente cuento. Tiene también analogías con «El príncipe Jalma», que A. Machado Álvarez publica en *El folclore español*, t. I, página 126. La segunda parte pertenece al tema de «La niña sin brazos», leyenda árabe muy difundida, de la que pueden citarse numerosas versiones, como: «La gallette de pain», recogida por A. Certeux en Argelia, y publicada en *Revue des Traditions Populaires*, t. VI, 1891, pág. 152; «La fille aux bras coupés», recogida en Córcega y publicada en la misma *Revista*, t. XXII, 1907, pág. 123; «La doncella Carcayona», publicada entre las *Leyendas Moriscas*, de Guillén y Robles, t. I, pág. 181; Llano Roza de Ampudia, en *Cuentos Asturianos*, incluye también «La niña sin brazos»; A. Espinosa, en *Cuentos Pop. Esp.*, recoge cinco variantes de «La niña sin brazos»; Sánchez Pérez, en *Cien cuentos populares*, página 289, publica otra variante de «La niña sin brazos», etc.

Y a la pequeña le dijo: «— Hija mía, y tú, ¿el que quieres que te traiga?» «— Padre, a mí, un tomillico de oler.»

Va el hombre a la feria y les compra a las chicas lo que le dijeron, y va arrancar el tomillico y le sale un culebrón muy gordo y le dice: «— Si no me caso con una hija de las tres que tiene usted, lo mataré a usted.» «— Bueno, pues ya se lo diré a ellas.»

Va, y va la mayor: «— Padre, ¿qué tal?» «— Bien, hija mía; pero a lo que he ido arrancar el tomillico, me ha salido un culebrón y me ha dicho que si no te casabas con él, que me mataría a mí.» «— Padre, pues, pa que me mate a mí, que lo mate a usted.»

Va a la mediana, y le dijo lo mismo: «— ¿Qué tal, padre?» «— Bien, hija mía; pero a lo que he ido a arrancar el tomillico, me ha salido un culebrón y me ha dicho que si no te casabas con él, me mataría a mí.»

La respuesta fue igual: «— Padre, pues, pa que me mate a mí, que lo mate a usted.»

Va a la pequeña y le dijo: «— Padre, ¿qué tal?» «— Bien, hija mía; pero a lo que he ido a arrancar el tomillico, me ha salido un culebrón y me ha dicho que si no te casabas con él, que me mataría a mí.» «— Padre, pa que lo mate a usted, que me mate a mí.»

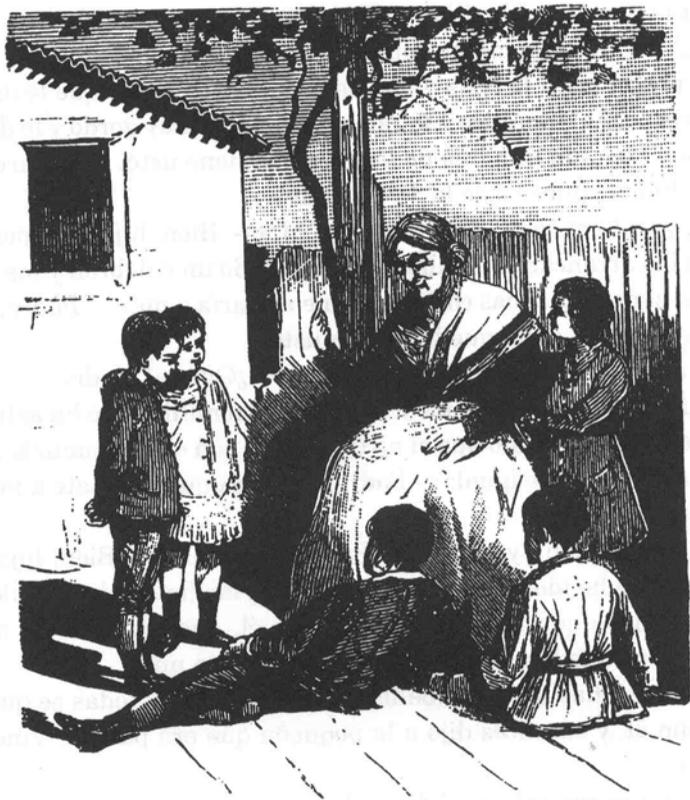
A los tres días fue un caballero muy guapetón y todas se querían casar con él, y entonces dijo a la pequeña que era pa ella. Vino y se casaron.

Cuando se acostaban, al desnudarse, la chica llevaba el escapulario de la Virgen del Carmen, y él le decía: «— ¿Te quitas esas alforjas de ahí?»

Y ella le contestaba que no. Y a las tres veces que se lo preguntó, le dio un estralazo y le cortó un brazo; repitió otro estralazo y le cortó otro brazo, y él ya se había vuelto lo que era: el demonio. La cogió y la subió a las copas de un árbol y allí la dejó.

Y el rey tenía dos criaos, iban a labrar y llevaban un perro muy hermoso, y a este perro le echaban todos los días al mediodía la comida y se marchaban. Y el perro perdía mucho, y el rey les preguntó a los criaos: «— ¿Qué no le echáis de comer al perro al mediodía?»

Ellos contestaron que sí. Pero conforme le echaban el pan, lo cogía todos los días y se marchaba con él, y no sabían adónde iba, y el rey les dijo: «— Bueno, pues mañana ya iré yo.»



BLANCA ROSA

EN Rey muy vicioso se jugó la corona con el diablo, la perdió, y lo destronaron. Recurrió el Príncipe á una maga que lo protegía, la cual le dijo que ignoraba el medio de recuperar el sim-

Ilustración para el cuento «Blanca Rosa», en Romualdo Nogués, Cuentos para gente menuda que da a la estampa un soldado viejo natural de Borja. (2.^a ed.), Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1887.

Y al echarle al perro el pan hizo la misma operación que los demás días.

El rey cogió su caballo y se marchó detrás del perro, y no podía seguir el caballo al perro, y conforme corría el perro, iba esperando al caballo, y al llegar a un árbol, el perro se subió árbol arriba.

Miró el rey y vio que había arriba una mujer. Mandó a los criados que la cogieran y se la llevaran a su casa. La tenía como si hubiera sido de casa.

Llegó un día que el rey se enamoró y quiso casarse con ella. Y la madre del rey le decía: «— ¡Dios mío, hijo mío!; qué cosas tienes de quererte casar con una manquica.» «—Pues, madre, me caso con ella.»

En ese entremedio se levantó una guerra y llamaron al rey, y la manquica se quedó embarazada. Y el día que dio a luz, le escribieron al rey y le ponían: Que había dado a luz la manquica a un niño muy hermoso y que ella se había quedado muy bien.

Salía el demonio al camino y dormía al propio, y ponía: Que había dado a luz la manquica una cosa muy negra y muy fea, que se subía paredes arriba y no sabían qué era.

Y el rey contestaba que lo guardaran hasta que el viniera.

Salía otra vez el demonio al camino y ponía que mataran a la manquica y al niño.

Y su madre, muy disgustada, decía: «— Hija mía, yo no te mato; te voy a hacer unas alforjicas y te irás por el mundo.»

En el lado de delante le puso el niño, y en el de atrás la ropica del niño.

Iba andando, andando, y el niño lloraba y no podía darle teta.

Llega a una balsa y se agachó como pudo a beber agua, y al agacharse le salieron los dos brazos y se le apareció la Virgen del Carmen y le dijo: «— Te voy a poner aquí una posada, compuesta de un todo. A las doce de la noche oirás una escuadra de caballería; llegarán a la puerta, pegarán, y tú dirás: Si no dicen tres veces Ave María Purísima, mi puerta no se abre a nadie.»

Llegó las doce de la noche y oyó una escuadra de caballería, que pegaron a la puerta, y va y dice: «—Si no dicen tres veces Ave María Purísima, mi puerta no se abre a nadie.»

Eran los demonios y se fueron jurando. Al momento, otra escuadra de caballería.

Pegan a la puerta y ella les dijo: «—Si no dicen tres veces Ave María Purísima, mi puerta no se abre a nadie.»

Ellos lo dijeron y la puerta se abrió sola.

La mujer se puso a hacerles la cena, y el niño lloraba mucho; lo cogían todos los soldados y con ninguno callaba. Luego lo cogió el rey y les dijo a los soldados: «— ¿Veis cómo no sabéis tener al niño y conmigo calla?»

Y entonces contestó el niño: «— ¿Pues no he de callar, si es usted mi padre?»

Cuentecico conta, de la ventana al tejao,
y del tejao a la calle, pa que no lo vea nadie,
y de la calle al coso, pa que no lo aprenda ningún mocoso.

(Comunicado por Josefa Bernad Salas,
de Huesa del Común (Teruel))

EL PERIQUITICO

Esto era el Periquitico y la Periquitica.

Les mandó su madre a por un fajo de leña.

La Periquitica le dijo al Periquitico: «— Espérame, Periquitico, que se me ha caído la alpargatica.» «— No, no; que ha dicho la madre que al que llegue antes le dará pan y miel.»

Llegó antes el Periquitico y le dijo a su madre: «— Madre, ya vengo.» «— Pues bájate la astral (4), el tropiezo (5), la cesta y el cuchillo.»

Y le dijo: «— Pon la cabecica aquí que te voy a espulgar.»

El Periquitico puso la cabeza encima del tropiezo y su madre le pegó un estralazo y lo mató, y lo metió debajo de la cama.

Viene la Periquitica y le dice: «— Madre, ¿ha venido el Periquitico?» «— No; anda a mirar a casa de tu agüela.»

Se fue la Periquitica a mirar a casa de su agüela y no estaba el Periquitico.

(4) Hacha.

(5) Tajón.

Su madre le dice: «— ¿Ya has mirao por la calle?» «— No está.»
«— Coge la escoba y ves a barrer el cuarto y no mires debajo de la cama, que hay una cesta con güevos.»

Y llegó la Periquitica y miró, y era el Periquitico, y decía la chica:
«— ¡Ay Periquitico mío! ¡Ay Periquitico mío!»

Y su madre le dice: «— ¿Lloras o cantas?» «— No, no, que hago lará, lará.»

Su madre lo llevó a asar al horno, y no se le quisieron asar, porque era carne de persona, y lo asaron en casa de su agüela, y como no valía, lo enterraron.

Lo enterró su padre debajo de una higuera, y fue su madre: «— Periquitico mío, dame una higuica.» «— No, no.»

Y cantó (6).

«—Mi madre me mató,
mi abuela me asó,
mi padre me enterró,
mi pobre Periquitica
buenos lloros le costó.»

Luego fue su padre y le dijo: «— Periquitico mío, dame una higuica.» «— No, no.»

Y cantó:

«—Mi madre me mató,
mi abuela me asó,
mi padre me enterró,
mi pobre Periquitica
buenos lloros le costó.»

Luego fue su abuela y le dijo: «— Periquitico mío, dame una higuica.» «— No, no.»

Y cantó:

(6) Se encuentran diversas variantes de este mismo tema, en el que la víctima enterrada se transforma en planta o fuente que canta y descubre al asesino. Es análogo el cuento «Por envidia a mi humildad», publicado en esta Revista, t. I, cuads. 3º y 4º, pág. 724, con citas de cuentos semejantes. Se asemeja al romancillo infantil del «Conde Olinos»; al acudir la madre a la fuente milagrosa a curarse la vista, oye:

Quando yo era chiquitita
tu me mandaste matar,
y ahora que soy fuentecita
agua no te quiero dar.

«—Mi madre me mató,
mi abuela me asó,
mi padre me enterró,
mi pobre Periquitica
buenos lloros le costó.»

Luego fue su hermanica y le dijo: «— Periquitico mío, dame una higuica.» «— Tómalas, tómalas todas.»

Y le dio todas las higas.

(Comunicado por Imelda Gimeno Marcobal,
de Belchite (Zaragoza))

LAS DOS HERMANAS (7)

Pues, señor, esto era una mujer que tenía dos hijas, la una muy buena y la otra muy mala. Y un día las mandó a las dos a vender higos con una espuerta cada una. Y la chica mala se encontró a la Virgen, que iba con el Niño Jesús llorando y le dijo la Virgen: «— ¿Quieres darme un higuico para este Niño que llora goticas de sangre?»

Y como la chica era tan mala, no le quiso dar ninguno; dice: «— Ay; ¿yo dale a usted higos? Si no me da perras no le quiero dar ninguno.»

Y la chica le dijo: «— Me diga usted ande me comprarán higos.»

Y la Virgen le dijo «— En aquella casa negra, negra, allí te los comprarán todos.»

Y aquella casa era la casa del diablo.

Llamó, y dijo la chica: «— ¿Me queréis comprar higos?»

(7) En este cuento están fusionados dos distintos: la primera parte es semejante a la versión recogida en Torrijo de Cañada, Aragón, por A. Espinosa y publicado en *Cuentos Pop. Esp.*, t. II, pág. 320, con el título de «Las tres bolitas de oro», (Recompensa de la niña buena al llegar al cielo). La segunda parte, con la canción de la niña dentro del saco:

De los tres anillitos de oro
que en el huerto del Rey me dejé...

de los que no se ha hecho mención alguna en todo el relato, es evidente que pertenece a otro tema distinto, siendo sin duda el de «El zurrón que canta», variante muy difundida en Burgos. En el que el padre regala a la niña un rosarito de oro que ella pierde, encontrándolo el hombre que la mete en el saco, con la promesa de devolversele, si ella canta. Análoga también es la variante incluida en la otra ant. cit. t. I, pág. 92.

Y le dijeron: «— Sube allá arriba.»

Había dos escaleras; una de cuchillos y otra de navajas, y le preguntaron que por cuál quería subir. Y dijo que por la de navajas, porque le parecía que eran los cortes más pequeños.

Se llenó de cortadas los pies y se ensangrentó toda; y la metieron en una caldera de agua hirviendo, como la que tienen los diablos para los chicos malos. Le quitaron los higos, y después de hacerla padecer mucho, la metieron en un saco y la tiraron a un camino.

En cambio, la chica buena también se encontró a la Virgen y la pidió un higo para su Niño: «— ¿Quieres darme un higuico para este Niño que llora goticas de sangre?»

Y dijo: «— Ay, uno; muchos.»

Y le llenó los bolsillos y un cestico que llevaba, y le preguntó: «— ¿Sabe usted ande me comprarían estos higos que me quedan?» «— Ves toda la calle alante; en una casa que encontrarás blanca, blanca, allí llama.»

Llamó y dijo: «— ¿Quieren comprarme higos?»

Dice: «— Sí.»

Le llenaron la espuerta de chupones, peladillas, almendras y rosquillas y toda clase de dulzainas, y un saquete de pesetas y duros.

Volvió a casa muy contenta, y a su madre le dijo: «— Madre, ya vengo; hi vendido todos los higos. Mire usted si me han dao dulces para mí.»

Su madre le renegó: «— Hija, ahora, ¿como himos de comprar patatas y judías para comer?»

Y entonces la chica sacó el talego de los duros y las pesetas que le habían dado. Entonces se puso muy contenta y se paró de roñar. «— Y tu hermana, ¿la has visto?»

Dice: «— No, que no la hi visto.» «— Pues, hala; ahora ponte a coser, que yo me voy a buscar a tu hermana.»

Fue a buscarla; pero no la encontró. Y en vista de que no la encontraba, la hizo pregonar para que si alguno se encontraba a la chica que vendía higos, que la manifestase. Pero no la manifestó nadie.

A los pocos momentos de volver a casa, llega un pobre a la puerta con un saco al hombro, pegándole en la pared y diciendo: «— Canta, zurrón, si no, te pego un coscorrón.»

Y principió a cantar:

«—De los tres anillitos de oro
que en el huerto del Rey me dejé,
olvidé a mi padre y mi madre,
y a mis hermanas también.»

Con que su madre la conoció.

(Comunicado por Pascuala Martín Abuelo,
de Villar de los Navarros (Zaragoza)

LA CASERA AYUNADORA (8)

Esto era un Cura que vivía con su madre. Como era ya muy vieja, un día se murió y el Cura se tuvo que buscar casera. Pues la primera que tuvo era ladrona; la que vino después, era sucia; la otra, lo estorbaba todo; la otra, quería mandar en la iglesia más que el amo; con que el Cura estaba desesperado de su vida y no sabía qué hacer.

Y fue a ver a los Curas vecinos, y les preguntó si sabían de alguna casera buena.

Y le dijeron que había una, que se le había muerto el Cura hacía poco tiempo y era una joya. Con que el Cura la mandó a buscar y estaba muy contento de ella.

Mas que apenas comía. Hacía la comida justa para el amo, y así que servía la mesa, se iba a la cocina a fregar los vajillos.

Y el Cura le decía: «— Qué, ¿estás desganada María?» «— Ay no, no, Mosén.» «— Pues, ¿por qué no comes?» «— Ay, Mosén; con un poquico de pan y unas olivicas ya estoy apañada.»

Y a cenar hacía lo mismo, y el Cura le decía: «— Come, María, que trabajas mucho y no comes nada: así vas a enfermar.»

Y la casera decía: «— No, Mosén, no; con un poquico de pan y unas olivicas ya tengo bastante.»

(8) «La casera ayunadora» presenta gran analogía con el cuento titulado «El ama del cura», que A. Espinosa inserta en su ya citada obra, tomo I. pág. 98. Y existen en gran número de cuentos en que la mujer finge no comer nada, por comerse a escondidas los mejores manjares, como «La mujer golosa», «La mujer que no comía con su marido», de la misma obra, pág. 99.

Y al otro día le decía el Cura: «— Tienes que comer más, María; te lo mando yo.»

Y la casera le respondía: «— Ay, Mosén, que tengo prometido ayunar. Me deje con mi pan y mis olivicas, que no paso hambre, no». «— Pues si tiene prometido ayunar, lo dejas: rezas un Rosario, y Santas Pascuas.» «— No, no, Mosén; me va muy bien con el ayuno. ¿No sabe usted que Dios ayuda a los que quieren cumplir sus promesas?»

Con que el Cura se calló.

Mas que un día el Cura no podía dormir la siesta, porque no tenía sueño, y oyó ruido de freír en la cocina y olió una olor muy buena de comida, con que se levantó de la cama y se fue de puntillas, y sin hacer ruido y miró por el ojo de la cerradura, y vio que la casera se estaba comiendo tan ricamente un trozo de sangre frita.

Y el Cura no dijo nada y se volvió a su cuarto.

Y como era muy buen tañedor, le gustaba mucho tañer, y tenía una guitarra y la cogió y se puso a tañer.

Y como era en el tiempo de la Cuaresma, pues que la casera subió corriendo y dijo: «— ¿Se ha vuelto usted loco, Mosén? ¿Qué dirá la gente si le oye tañer en Cuaresma?»

Y el Cura no le hizo caso, mas que comenzó a cantar, y decía:

«—Buen provecho te hagan
las aceitunas,
te comes buenas magras,
dices que ayunas.»

Con que la casera se despidió y el Cura ya no quiso tener ninguna casera más.

(Comunicado por Emilia Plana Capdevila,
de Belchite (Zaragoza)

EL PASTOR ENAMORADO (9)

Esto era un pastor. Su madre era una pobre viuda, y como el chico no tenía más hermanos, y se pasaba el día en el monte con las reses, pues le daba mucha vergüenza hablar con nadie y apenas se sabía sacar las palabras de la boca.

Su madre le vio un día muy triste que llegó a encerrar el ganado y no probó bocado de la cena, y a la mañana tenía los ojos muy hinchados de no dormir.

Y por la noche tampoco quiso cenar, y no había comido apenas del almuerzo que le puso para ir al monte, y a la mañana tenía los ojos más escocidos de pasar la noche en vela.

Con que su madre pensó: «— Mi Juan está enamorado.»

Y le daba vueltas a la cabeza de pensar cuál sería la moza que pretendía su hijo, y cuando volvió a la noche le dijo: «— Juan; tú estás enamorado.»

Y Juan dijo: «— Sí, madre.»

Y su madre: «— ¿De cuál?»

Como tenía mucha vergüenza, Juan no respondió.

Y su madre le dijo: «— ¿Es la Juana la que te gusta? Es bastante apañada y siempre te ha mirado con buenos ojos; no haríais mala pareja.» «— No, madre.» «— ¿Es la Alicia? También es buena trabajadora y le tocarán dos buenos corros el día que se case.» «— No, madre.» «— ¿Es la María? Si no fuera tan charradora, me gusta la María.»

Con que Juan se puso muy colorado y no dijo ni sí, ni no; porque era la María la que quería para novia. Su madre lo conoció y le preguntó: «— ¿Por qué no la hablas, si la quieres para novia?» «— Me da mucha vergüenza, madre; no me salen las palabras y no sé cómo hacerlo para pedir relaciones.» «— Pues por eso no lo dejes: cuando vuelvas a encerrar el ganao, la verás en la ventana, que estará co-siendo; y vas y le dices: — Buenas tardes, María; y ella te dirá: — Buenas tardes, Juan; con que sigues hablando y le pides relaciones.»

Juan cenó toda la cena, porque tenía mucha hambre, y durmió

(9) Existe un grupo numerosísimo de cuentos de «Un tonto», al que pertenece «El pastor enamorado». Algunas versiones de este mismo tema se han publicado ya en esta Revista en el t. I, como «El tonto del lugar», en el cuad. 1º y 2º, pág. 332, y «Échale unos ojos», en el cuaderno 3º y 4º, pág. 728, donde se citan diferentes versiones.

muy bien, y al otro día, cuando encerraba el ganado, vio a la María que cosía en la ventana, se paró y le dijo: «— Buenas tardes, María.»

Y ella le respondió: «— Buenas tardes, Juan.»

Mas Juan ya no tuvo más palabras y se puso muy encendido y corrió a su casa y se encaró con su madre y le dijo: «— ¿Vé usted, madre? Por seguir los consejos de usted, mire lo que me ha pasao.»

Y le contó lo que le había pasado con la María. Con que su madre de dijo: «— Eso te pasa por falta de la costumbre; ya verás como todo se arregla: mañana, cuando veas a la María, le dices: — Buenas tardes, María; y ella te responderá: — Buenas tardes, Juan, y luego tú le dices: — Parece que estás en la ventana, y ella te dirá: — Pues tú parece que estás en la calle, y luego hablaréis y le pides las relaciones.»

Juan se puso muy contento y cenó toda la cena y durmió muy bien, y a la tarde, cuando volvió del monte, vio a la María que estaba cosiendo en la ventana y se paró y le dijo: «— Buenas tardes, María.»

Y ella le respondió: «— Buenas tardes, Juan.»

Y el Juan le dice: «— Parece que estás en la ventana.»

Y la María le responde: «— Pues tú parece que estás en la calle.»

Con que Juan no supo más qué decir y se puso muy colorado y se fue corriendo a su casa. Y en llegando le dijo muy enfadado a su madre: «— ¿Lo ve, madre? Usted tiene la culpa.»

Y estaba tan sofocado que ni podía hablar.

Su madre le puso la cena y Juan no quería cenar tampoco, y entonces su madre le dijo: «— ¿Qué te pasa, Juan?»

Juan le dijo entonces lo que le había pasado con la María, y su madre le dijo: «— Pero, hijo: ¿cómo te has podido quedar tan corto? Pero no te apures; pues mañana vas y le dices: — Buenas tardes, María, y ella te dirá: — Buenas tardes, Juan; y tú: — Parece que estás en la ventana; y ella: — Parece que estás en la calle. Entonces vas tú y le dices: — Como estás colorada, colorada estás. Ella te contestará y tú le pides las relaciones.»

Juan se quitó el sofocón y cenó y durmió aquella noche.

A la tarde del otro día, cuando volvió a encerrar las reses, vio a la María en la ventana y se paró y dijo: «— Buenas tardes, María.»

Y la María le dijo: «— Buenas tardes, Juan.» «— Parece que estás en la ventana.» «— Pues tú parece que estás en la calle.»

Y el Juan: «— Como estás colorada, colorada estás.»

Y la María: «— La doncella que tiene amores, ¿qué hará?»

Con que Juan se cortó otra vez y no supo qué decir y se puso muy encendido, y corriendo, corriendo, se fue a su casa.

Y muy enfadado se fue a su madre y le dijo: «— Usté no lo quiere ver, madre, y hi pasao toda la vergüenza del mundo por su culpa. Todo lo pinta muy llano y aluego las tengo de pasar muy negras.»

Y le contó lo que le pasó con la María, y su madre le dijo: «— Esa María tiene muchas palabras y mi cabeza no aprovecha para atajarla. ¿Sabes lo que podemos hacer? Iremos a la ciudá a casa d'un abogao a que nos dé consejo.»

Con que a la otra mañana cogieron el hatero y se fueron a la ciudá a casa d'un abogao.

Le explicaron todo el cuento del Juan y de la María y le pidieron consejo, y el abogao les dijo: «— Pues que Juan le diga: — Comunicando sus penas descansará.»

Le preguntaron lo que valía, y el abogao les cobró un duro y se volvieron muy contentos al pueblo.

Al otro día a la tarde, cuando volvía Juan del monte, vio a la María que estaba en la ventana cosiendo y se paró y dijo: «— Buenas tardes María.»

Y la María le respondió: «— Buenas tardes, Juan.»

Y el Juan: «— Parece que estás en la ventana.»

Y la María: «— Pues tú parece que estás en la calle.»

Y el Juan: «— Como estás colorada, colorada estás.»

Y la María: «— La doncella que tiene amores, ¿qué hará?»

Y el Juan: «— Comunicando sus penas descansará.»

Y la María le dijo entonces: «— Esa flor no salió de tu jardín.»

Y el Juan le respondió:

«— Si salió o no salió,
veinte reales me costó.»

Con que ya echó a hablar y le pidió relaciones y se casaron y fueron muy felices.

(Comunicado por Emilia Planas Capdevila,
de Belchite (Zaragoza))

LAS OVEJICAS (10)

Esto era un rebaño de ovejas, mayor, tal, cuala y pequeña y el padre y la madre. Y su padre y su madre van al monte a trair comida y le dice: «— No abráis hasta que no vengamos nosotros; a nadie, a nadie, a nadie.»

Y tenían un reloj grande.

Y va el lobo y dice: «— Abrir, hijos míos, que vengo del monte a traeros la comidica.»

Dice: «— A ver, asome la patica.»

La asomó, se la vieron y dijeron: «— No, no; que la tiene muy negra.»

Y va el lobo al molinero y le dice: «— Molinero, úntame la patica con harina y güevo.»

Y se la untó. Y va y le dice: «— Abrir, hijos míos, que vengo del monte a traeros la comidica.»

Dicen: «— A ver, asome la patica.»

La asomó y le dijeron: «— Sí, sí, que la tiene muy blanquica.» Y le dicen: «— A ver qué bien güele.»

Como lo olieron y golía muy mal, dice: «— No, no, que güele muy mal.»

Y va a una barbería y se perfuma todo, todo. Y luego va y dice: «— Abrir, hijos míos, que vengo del monte de traeros la comidica.»

Y le dicen: «— ¿A ver qué bien güele?»

Y lo olieron, y dicen: «— Sí, sí, que güele muy bien.»

Le dicen: «— ¿A ver qué vestido lleva?»

Y se lo vieron y dicen: «— No, no; que lo lleva muy feo.»

Y va a una sastrería, donde le cosen uno muy majo, muy majo. Y va y le dice: «—Abrir, hijos míos, que vengo del monte a traeros la comidica.»

Y le dicen: «—A ver, ¿qué vestido lleva?»

Se lo vieron y dicen: «—Sí, sí, que lo lleva muy majico.» Y le abrieron.

(10) Es éste el conocido cuento de «Los siete cabritos», que se encuentra en todas las regiones, pero por ofrecer el presente alguna variedad, como la de ser ovejitas, y dar el nombre de cada una de ellas, le incluimos también aquí.

Y se las tragó a todas, menos a la pequeña, que se metió en la caja del reloj.

Y se echa a dormir el lobo.

Y luego van su madre y su padre y les dicen: «— Abrir, hijos míos, que vengo del monte de traeros la comidica.»

Y le va a abrir la pequeña a su madre y le dice: «— Calle, madre, que ha venido un lobo y se las ha tragao a todas, y yo me hi metido en la caja del reloj. Y está durmiendo aquí.»

Y le abrieron la tripa y sacaron a todas las ovejas y dice: «— Callar, que le vamos a llenar la tripa de piedras, y se la coseremos.»

Le metieron las piedras y se la cosieron; y llegan, y lo sacan a la puerta.

Y luego se levanta el lobo y dice: «— Oy..., si no estoy en el corral...»

Y va a beber a un pozo, y como le pesaba tanto la tripa, se cayó adentro.

(Comunidado por Margarita Gimeno Marcobal,
de Belchite (Zaragoza)

LA PERRICA QUE PIDIÓ PAN (11)

Andando por una carreterica muy estrechica, me pidio pan mi perrica y no llevaba la llave de la arquica.

Fui al herrero a que me hiciera la llave, y el herrero me pidió carbón del pastor; fui al pastor a que me diera carbón, y el pastor me pidió hierba de los prados; fui a los prados a que me dieran hierba, y los prados me pidieron agua de los cielos; fui a los cielos a que me dieran agua, y los cielos me pidieron pluma de águila; fui al águila a que me diera la pluma, y el águila me pidió pata de conejo; fui al conejo a que me diera la pata, y el conejo me pidió cerra de azafrán; fui al azafrán a que me diera cerra, y el azafrán me pidió el fiemo del femeral.

Fui al femeral y cogí el fiemo; le di el fiemo al azafrán, el azafrán me dio la cerra; la cerra le di al conejo, el conejo me dio la pata; la pata le dí al águila, el águila me dio la pluma; la pluma les dí a los cie-

(11) Véase el t. II, cuad. 2º, pág. 294, de esta Revista, donde se han publicado algunos cuentos enlazados.

los, los cielos me dieron el agua; el agua les dí a los prados, los prados me dieron la hierba; la hierba le dí al pastor, el pastor me dio el carbón; el carbón le dí al herrero, el herrero me dio la llave, abrí la arquica, le eché pan a mi perrica y me volvió a mi carreterica.

(Josefa Escobar Cidraque,
Belchite)



*Ilustración de Ángel S. Tomás para una edición de «Un perrico me quitó un chufletico»
de iniciativas Aragón, S. Coop.*

EL DINERO

Barriendo una sala me encontré un dinero.
Con aquel dinero me compré una polla que me puso un huevo.
Con aquella polla, con aquel huevo y con aquel dinero, me compré una res que me parió un cordero.

Con aquella res, con aquel cordero, con aquella polla, con aquel huevo y con aquel dinero, me compré una cabra que me parió un chotuelo.

Con aquella cabra, con aquel chotuelo, con aquella res, con aquel cordero, con aquella polla, con aquel huevo y con aquel dinero, me compré una vaca que me parió un ternero.

Con aquella vaca, con aquel ternero, con aquella cabra con su chotuelo, con aquella res con su cordero, con aquella polla con el huevo y con el dinero, me compré un batán con su batanero.

Con aquel batán con su batanero, con aquella vaca con su ternero,

con aquella cabra con su chotuelo, con aquella res con su cordero, con aquella polla con el huevo y con el dinero, me compré un molino con su molinero.

Con aquel molino con su molinero, con aquel batán con su batanero, con aquella vaca con su ternero, con aquella cabra con su chotuelo, con aquella res con su cordero, con aquella polla con el huevo y con el dinero, me compré un pueblo con la torre en medio.

(Comunicado por Josefa Bernad Salas,
de Huesa del Común (Teruel))

CUENTOS DE NUNCA ACABAR

Este era un gatito,
que tenía las manos de trapito
y el culito del revés.

¿Quieres que te lo cuente otra vez? (12)

— ¿Quieres que te cuente un cuento de pica pica dento de nunca acabar?

— Sí.

— Yo no te digo que sí, te digo que si quieres que te cuente un cuento de pica pica dento de nunca acabar.

— No.

— Yo no te digo que no, te digo que si quieres que te cuente un cuento de pica pica dento de nunca acabar.

Etcétera.

(Comunicado por María Ascaso,
de Codo (Zaragoza))

(12) En Castilla, si se contesta que no, se continúa:

Que no digas que no,
que digas que sí,
que mi abuela tiene un gato
con las orejas de trapo
y el culo de papel.

¿Quieres que te lo cuente otra vez?
(Las notas de P. G. de D.)

EN EL CIELO HAY UNA MESA

En el cielo hay una mesa
que por nombre la llaman Santa Teresa,
y debajo de la mesa hay un banquillo
que por nombre le llaman Santo Domingo,
y debajo del banquillo hay una balsa
donde lava la Virgen su ropa blanca,
y debajo de la balsa hay un molino
donde muele la Virgen su rico trigo,
debajo del molino hay un hornico
donde cuece la Virgen su panecico,
debajo del hornico hay un perrico
que le llegan los cascabeles hasta el morrico.

(Comunicado por Josefa Bernad Salas,
de Huesa del Común (Teruel))

MAÑANA DOMINGO

Mañana domingo,
repica, Jeringo,
las patas de un gallo,
turrón de caballo,
subí a la torre,
había ladrones
comiendo melones.
Les pedí una tajadica,
no me la quisieron dar;
recogí las pelarcicas
y me las fui a lavar
a la fuente la canal;
no había agua,
¿quién se la ha bebido?
– Los toricos.
– ¿Dónde están los toricos?

-
- A labrar han ido.
– ¿Dónde está lo que han labrao?
– Las gallinicas lo han escarbao.
– ¿Dónde están las gallinicas?
– A poner cocos se han ido.
– ¿Dónde está lo que han puesto?
– La viejecica los ha cogido.
– ¿Dónde está la viejecica?
– Hilando en su rinconcico.
– ¿Dónde está lo que ha hilao?
– Al fuego lo ha zampao.
Ojalá le cayera una teja
que le rompiera la oreja.
Ojalá le cayera un ladrillo
que le rompiera el colmillo,
y ojalá le cayera un terrón
que le rompiera el ternón.

(Comunicado por Josefa Bernad Salas,
de Huesa del Común (Teruel)

Recogidos por ARCADIO LARREA PALACIN.

